

Madre María Amparo del Sagrado Corazón de Jesús

Boletín informativo
2º semestre 2024
N.º 107



*«Le consagré todo mi ser
para que de todo dispusiera
como Señor y Dueño mío».*

CORAZÓN AMANTE, CORAZÓN ORANTE.

Con motivo del “Año de la oración” como preparación para el próximo Jubileo en Roma del 2025, dedicamos el boletín anterior a tomar conciencia de la necesidad de esta, y a definir y dar alguna pincelada sobre las distintas formas de oración: bendición, intercesión, adoración, alabanza, acción de gracias, perdón, petición o súplica.

Podemos valorar la vida de oración en general, pero ¿conocemos lo que es la oración de intercesión? ¿Sabemos qué representan, para la Iglesia y para el mundo, las mujeres y los hombres que eligen vivir su propia vida sobre el monte de la oración en el ministerio de la intercesión?

El Catecismo de la Iglesia Católica nos dice que la oración de

intercesión consiste en pedir en favor de otro. Destaca además que ha estado presente en la Biblia desde Abraham y que es lo propio de un corazón misericordioso, que no conoce fronteras y se extiende hasta los enemigos.

El que reza presenta al Señor los gozos, los anhelos, las esperanzas, las tristezas y las angustias de los hombres de nuestro tiempo, sobre todo de los que sufren, la mayor parte de las veces sin ninguna recompensa: se trata de una relación de auténtica gratuidad.

El papa Francisco, en la constitución apostólica *Buscar el rostro de Dios* y en su instrucción aplicativa, *Corazón orante*, se dirige a las contemplativas:

«Hoy en día muchas personas no saben rezar, no sienten necesidad o reducen su relación con Dios a momentos puntuales, de súplica en los momentos de prueba, o de alabanza en los momentos de felicidad. Al recitar y cantar las alabanzas del Señor por la Liturgia de las Horas, vosotras os convertís en voz de estas personas y, al igual que los profetas, intercedéis por la salvación de todos».

Asimismo, nos exhortaba *«a no vivir la oración como un repliegue en vosotras, sino que debe ensanchar el corazón para abrazar a toda la humanidad, y en especial a aquella que sufre».*

La oración de intercesión nos permite ser un puente entre Dios y los hombres, instrumentos de bendición y de su misericordia. Escuchando y acogiendo en nuestro corazón los anhelos concretos y presentándoselos a Dios en la oración, ésta se convierte en la llave que abre las puertas de los corazones. Madre María Amparo relata en su *Autobiografía*: *«Por las tardes cuando visitaba al Santísimo Sacramento, en cuanto me postraba para adorarlo, le decía: Dios mío, os amo con todo mi corazón, ¿qué queréis que haga para ser santa? Me pareció que Jesús me dijo que quería enriquecerme con grandes gracias, pero que no eran solo para mí, sino que debía hacer participantes a otras muchas almas que Él me mostraría».*

Y en otra ocasión destaca: *«Me pidió que me ofreciera de modo especial a su Divino Corazón, pues quería tenerme de intermediaria entre Él y los pobres pecadores, entonces en el mundo y después en el monasterio».*

Sin duda, el Señor la escogió como instrumento para interceder por tantas personas que asoció a su vocación.

Son muchos los episodios en los que se muestra su ser de intermediaria, principalmente por los sacerdotes y personas consagradas. También se recoge en sus escritos y en los recuerdos de las hermanas su labor de intercesión por los familiares durante el tiempo de la guerra civil,

su entrega por las misiones, y varios testimonios de personas alejadas de Dios que salieron de su pecado... Además, tenía una relación muy particular con las almas del purgatorio, por quienes oraba y realizaba sufragios y sacrificios, en definitiva: actos de amor, para que pudieran llegar al cielo.

En una ocasión salvó la vida de una pobre viejecita que estaba sola y muy triste.

Para consolar a aquella pobre, pasaba con ella varias horas cada día, y no la dejaba hasta que quedaba tranquila y animada. Finalmente, le concedió el Señor una santa muerte.

Otro día Jesús le instó a escribir a un señor de bastante posición, pero que vivía hacía muchos años alejado de Dios, inspirándole lo que le había de decir. En la carta le decía que debía poner en orden las cosas de su alma, pues pudiera Dios enviarle la muerte y bien sabía él que no estaba preparado para comparecer en el juicio divino. De esta carta dicho señor no hizo ningún caso, e incluso la tiró. Sin embargo, madre María Amparo no cesaba de rogar por él.



Tres meses después supo por su señora que estaba muy enfermo, y esta le pidió que volviera a escribir, porque se negaba a recibir los sacramentos. Ella relata que lo hizo por complacer a aquella atribulada señora, y que solía pasar las noches enteras en oración rogando por el pobrecillo y pidiendo misericordia.

Al fin, él mismo pidió un sacerdote y se confesó con tanta contrición, que

el mismo sacerdote estaba admirado de tanto fervor y de aquel cambio tan extraordinario. Finalmente, recibió el santo viático y la extremaunción, y a los pocos momentos murió.

«Dios nuestro Señor quiso servirse en otros muchísimos casos, que sería muy largo de contar, de mi pequeñez para hacer bien a las almas».

La eficacia de la oración nace de nuestra unión con Cristo mediador y de la presencia del Espíritu Santo en nosotros.

Esto solo podrá ser posible si hay corazones generosos y dispuestos, con un espíritu de entrega total que pide y busca, ante todo, que se realice el plan de Dios.

La intercesión tiene un precio, al igual que sucede con la redención, y pasa por la entrega de nuestra vida, a ejemplo de nuestro modelo: Cristo, que nos invita a reproducir su misma entrega, diciéndonos que *«si el grano de trigo no cae en tierra y muere, queda infecundo; pero si muere, da mucho fruto»*.

De esta experiencia nos habla la misma madre María Amparo. Ella misma nos cuenta que Jesús le reveló *«que esta misión sería muy dolorosa, pues me costaría muchos y muy penosos sacrificios, pero que debía consolarme el saber que muchos se apartarían del pecado y otros emprenderían vida de gran perfección. Todo se lo entregué a mi Dios para que dispusiera de ello como fuera de su divino agrado...»*.

Nos puede ayudar enumerar algunas características que podemos entresacar de las experiencias y escritos de madre María Amparo, y que debe tener el intercesor: una **relación íntima con Dios**; **docilidad al Espíritu Santo**; **compasión** por aquellos por quien intercede; **integridad** y **coherencia** de vida; **humildad**, reconociendo nuestra dependencia total de Dios; una **fe inquebrantable**; **perseverancia** en la oración y **agradecimiento**, a pesar de no ver los resultados.

El papa Francisco nos recuerda: *«Solo desde el amor se puede comprender*

**«El mundo
os necesita
como faros
que iluminan
el camino
de los hombres y
mujeres de hoy».**

Papa Francisco

el reto de la oración en nombre de la Iglesia y para ella y el mundo. Podemos pensar que las suertes de la humanidad se deciden en el corazón orante, desde la posición de unas manos juntas y en unos brazos levantados como expresión de algo recibido, don inmerecido, viene la sabiduría del corazón de una contemplativa que le configura la vida».

Es imprescindible que tomemos conciencia de que poseemos una misión, que es la intercesión. Es una responsabilidad, pero también nos proporciona el gozo de saber que podemos colaborar eficazmente al prodigio permanente de la gracia en el mundo, al milagro constante de un Dios que actúa haciendo maravillas ante tantas necesidades como tiene la humanidad. Y eso llena una vida. Además, es un consuelo experimentar

que, del mismo modo que oramos por los demás, también podemos confiar nuestras peticiones de oración por nuestras necesidades.

«Por la oración de intercesión, vosotras sois como los que llevaron al paralítico ante el Señor, para que lo sanara (cf. Mc 2,1-12). Por la oración, día y noche, vosotras acercáis al Señor la vida de muchos hermanos y hermanas que por diversas situaciones no pueden alcanzarlo para experimentar su misericordia sanadora, mientras que él

los espera para llenarlos de gracias. Por vuestra oración vosotras curáis las llagas de tantos hermanos».

Pidámosle a María, modelo de intercesión, que nos enseñe a sintonizar nuestro corazón con el de Jesús, hasta saber lo que él quiere y cómo lo quiere realizar, y descubriendo lo que tenemos que poner de nuestra parte para ser instrumentos de su gracia y puente entre él y una determinada persona o necesidad.



«Clara y las hermanas tenían un corazón tan grande como el mundo: como contemplativas, intercedían por toda la humanidad. Como almas sensibles a los problemas cotidianos de cada uno, sabían hacerse cargo de toda aflicción: no había pena ajena que no hallará eco en su corazón de mujeres entregadas a la oración. Escribía a Inés de Praga: “te considero colaboradora de Dios y apoyo de los miembros débiles y vacilantes de su cuerpo inefable”».

«Toda la vida de Clara era una eucaristía, porque al igual que Francisco, elevaba desde su clausura una continua acción de gracias a Dios con la oración, la alabanza, la súplica, la intercesión, el llanto, el ofrecimiento y el sacrificio».

RECUERDOS



No eran pocos los momentos en que nuestra madre María Amparo sorprendía a las hermanas con las visitas que había recibido o las peticiones de oraciones de tantos que se acogían a su intercesión. También eran frecuentes las visitas de las almas del purgatorio.

Un día de la Porciúncula contó: *«Soñé que me entraban en la celda muchas almitas del purgatorio. ¡Qué procesión! Allí venían todos los*

parientes de vuestras caridades, hasta los abuelos de algunas venían. A todos aplicó nuestro Señor alguna limosnita de sufragio; gracias a Dios, de los nuestros, todos quedaron muy aliviados, pero allí están esperando su día de ir al cielo. Las almitas me daban el rosario para que les ofreciera sufragios. Algunas decían: “Dejadla descansar”, y otras contestaban: “Dadle el rosario”, y se colocaban frente a mi cama esperando. Y cuando nuestro Señor le aplicaba el sufragio a una, todas se alegraban como si fuese ella misma». Le dijimos: «Madre mía, ¿qué sufragios les ofrecía?», y contestó: «Unas veces actos de amor, otras veces rezo el Padrenuestro, Avemarías, lo que Dios me inspira; pero las almitas siempre me cogen el rosario donde lo tenga, y me lo dan. Muchísimas almas han subido al cielo, entre ellas mi padre Benito, ¡qué alegría sentí! Estaba como en una cama, y después que nuestro Señor le aplicó el sufragio, me alargó la mano y marchose al cielo cantando alegremente».

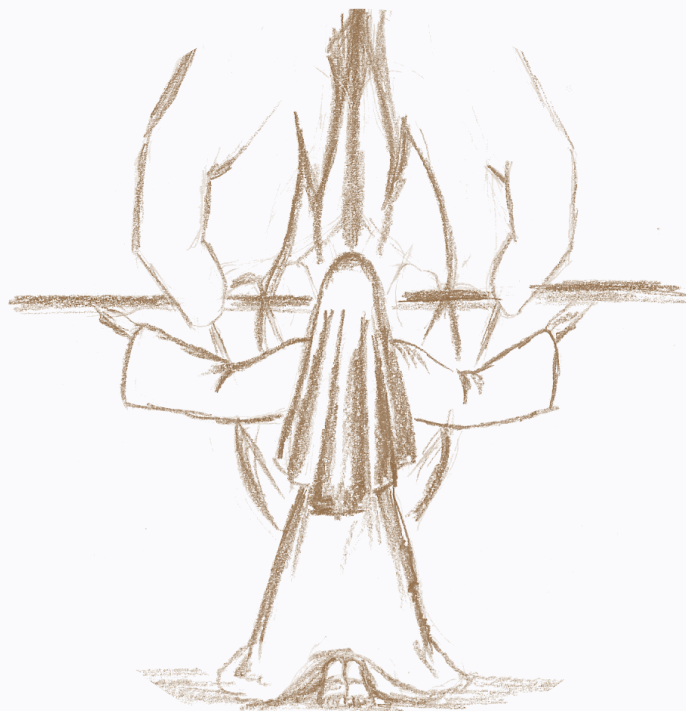
Y en otra ocasión: *«Ya salieron del purgatorio la madre de sor María Cruz y de sor María Ana, y el tío de sor María Jacinta, gracias a Dios, y espero en su misericordia que saldrán hoy más de los nuestros. He*

comprendido mejor que nunca cómo a nuestro Señor le agrada que hagamos actos de resignación para que los sufragios los aplique él a quien le plazca. ¡Qué agradecidas son las almas del purgatorio! Levántenme y llévenme al coro; tengo que hacer una visita por un alma a quien se lo prometí».

El poder de la intercesión es inmenso, pero no es cómoda ni fácil, porque no busca el consuelo personal. Es un modo de rezar que duele, desinstala, hace sangrar al corazón y compromete la vida en la fidelidad y en la entrega de uno mismo para poder ser cauce de la misericordia de Dios.

Una vez escribió una señora a nuestra madre pidiéndole la encomendase a Dios, pues se encontraba muy enferma, y le imponía la idea de dejar huérfanos a sus hijos, todos muy pequeños. Nuestra madre se conmovió mucho y le contestó que tuviera fe y confiara en la bondad de Dios. Lo que pasó aquella noche, no lo sabemos, pero sí sabemos que nuestra madre amaneció con cólicos muy fuertes y que ese mismo día se recibió otra carta de la misma señora, llena de agradecimiento, diciendo que estaba curada y que solo a las oraciones de nuestra madre lo podía atribuir.

Y nuestra madre insistía con frecuencia: «Cuando nos ocupamos en el rezo del oficio divino o en la divina meditación, cuando barremos o fregamos, cuando estudiamos música o pintamos, cuando estamos en el refectorio o descansando por la noche, pensemos y creamos que estamos salvando almas; que estamos alcanzando del Señor misericordia y perdón para los que le ofenden; que estamos evitando pecados mortales; que estamos consiguiendo del Señor consuelo para los que sufren. Y así como salvamos almas, no por nuestro merecimiento sino por la ayuda que nos presta nuestro Señor Jesucristo, que le bendigamos en todas nuestras obras, dándole gracias incesantemente».



TESTIMONIO

SOR ASUNCIÓN MARÍA DE BEGOÑA (PARTE I)

Hermana profesa de votos solemnes

Era en septiembre de 1934, cuando llegué a esta villa de Cantalapiedra con el fin de ejercer mi carrera de maestra, sin sospechar lo que el Señor, en su divina misericordia me tenía reservado.

Sentía hacia nuestra madre una veneración grandísima, y sin conocerla personalmente, ejercía sobre mí su acción bienhechora: interior y aún exteriormente era otra. Sentía una paz y una alegría grandísima, pensando en el momento de abrazarla y contarme en el número de sus hijas; deseaba ardientemente confiarle mi vida, con todas sus miserias, segura de que solo ella era capaz de consolarme. Llegó por fin el deseado día 2 de febrero de 1936, en que acompañada de mi madre querida y de las otras maestras, llamé a las puertas de esta antesala del cielo. Al abrirse la puerta, nuestra madre amadísima me estrechó entre sus brazos con la misma caridad con que nuestro Señor recibió a la Magdalena, diciéndome varias veces: «¡hija mía!! ¡hija mía!!».

Dado mi carácter rebelde, solo unas manos expertas como las suyas, podían modelar mi alma para que encajase en el espíritu de esta santa comunidad. ¡Labor difícilísima que realizó con sin igual maestría! Nunca podré encarecer bastante lo que hizo conmigo, y aunque de la abundancia del corazón habla la



lengua, me encuentro impotente para hacerlo... ¡¡Nuestra querida madre...!!, tres palabras que encierran todo un poema de amor y santidad... ¿Quién será capaz de poder decir lo que fuiste y lo que hiciste...? Madre humanamente divina y divinamente humana, que viviendo crucificada, rescató y llevó a Dios innumerables almas. ¡¡Madre mía...!!, jamás salieron de mis labios palabras que dejaran mayor dulzura y felicidad que esta invocación; cuando vivía era una especie de caricia para el alma; hoy que aparentemente está separada de nosotras, es una jaculatoria que hace humedecer las pupilas que tantas veces se miraron en ella. ¡Cuántas almas salvadas y curadas al contacto de su santidad...! Apenas comienza su vida cuando se ofrece en holocausto, y puede decirse que, a semejanza de nuestro Señor, «hasta el fin nos amó».

*«Su único fin era llevar las almas a Dios.
Según las enfermedades del alma,
aplicaba los remedios, y...
acariciaba, alentaba, y llegado el caso,
cortaba o rasgaba,
sufriendo en esta santa operación
su alma bendita el mayor dolor».*

¡Rinconcito de San Damián! Santo relicario donde nuestra madre querida, con palabras que salían del mismo corazón de Dios, nos enseñó a conocer y amar la verdadera santidad, por el cumplimiento del deber, según la voluntad de Dios; recluida por sus grandísimos dolores y sufrimientos, en aquel rinconcito querido, nos habló al corazón, poniendo a nuestro alcance y según las circunstancias lo requerían, la sublime misión de cada una.

CONSEJOS ESPIRITUALES

*«Quien tiene verdadero deseo de hacer oración,
crea que la hace».*

*«Abrir a Jesús las puertas del alma de par en par y
no un resquicio tan sólo, y entregarse a Él de tal modo que, sin
pedirle permiso, pueda hacer del alma lo que quiera».*

*«Si tú supieras –pareció decirme– lo dolorosas que
me son las heridas que recibo de mi pueblo escogido!... Las
oraciones y los gemidos de las almas fieles me consuelan, pero
son tan pocas estas almas...!».*

*«... Cuando nos sintamos impotentes para tener afectos o nos
sintamos sin luces, pongámonos humildemente a los pies de nuestro
Señor, bien en el Calvario,
bien en el Sagrario,
y digamos muy pausadamente,
atentas a la presencia divina
y al sentido de las palabras,
el Señor mío Jesucristo,
el Padrenuestro, el Alma de Cristo,
o simplemente miremos a Jesús
y ofrezcámosle, como en incensario de oro,
las oraciones de los santos».*



GRACIAS CONCEDIDAS POR INTERCESIÓN DE M. MARÍA AMPARO

No recuerdo exactamente cómo llegó a mí Madre María Amparo, pero fue a través de una novena al Sagrado Corazón de Jesús por su intercesión que cogí en alguna iglesia cercana.

Con el tiempo fui conociendo un poco más su vida y obra, y en junio del 2022 me decidí a viajar hasta su monasterio. Las hermanas me invitaron a entrar y visitar a Jesús Eucaristía (que estaba expuesto), me facilitaron material para conocerla más y dijeron que rezarían por mí. Pude palpar de primera mano que el espíritu que Madre María Amparo practicó y que quería para sus hijas sigue presente a día de hoy.

Estuve un tiempo en oración con Jesús, y por mi cabeza pasaron muchas personas, sentimientos, preocupaciones, incertidumbres, miedos, el presente, el futuro, etc., y todo lo puse a los pies de Jesús. Finalmente, salí con el corazón lleno de paz y mucha gratitud.

Hice la novena y adquirí material para conocerla un poco más y estoy convencido que ella desde el Cielo intercede ante el Padre por todos nosotros.

No sé si tendré la oportunidad de volver a visitar su monasterio, pero sin duda que M. María Amparo tiene algo especial que te invita a acudir a la verdadera fuente de salvación que es Cristo y te hace preguntar cómo corresponder ante tanto amor que desprende su divino corazón hacia todos y cada uno de nosotros.

Quería agradecerles mucho toda su oración por nosotros y especialmente, la oración que, por su carisma, hacen por la santificación de los sacerdotes y de las almas consagradas. También les agradezco los boletines que publican, pues me están ayudando mucho en el plano espiritual.

En fin, rezo también por todas ustedes, por su comunidad, por M. María Amparo, para que su ejemplo nos ayude a todos nosotros y por la causa de su beatificación.

Muchas gracias.

José Méndez Rama (La Coruña)

Venerable madre María Amparo, te escribo para agradecerte que mi hijo sigue bien de salud y gracias a tu intercesión está consiguiendo sus sueños y metas. Te ruego sigas amparándome.
muchas gracias.

David Quirós (Cádiz)

LA INTERCESIÓN: CONFIGURACIÓN CON JESÚS

Soy una amiga entusiasta
de la madre María Amparo.
De sus muchos sufrimientos
cuando llegó jueves santo
dijo: " No importa que muera
sí así lo quiere Dios santo.

Sacrificaría mi vida
si es deseo de mi Amado".

La crucificada vida
por el Cordero inmolado,
su amor en Cantalapiedra
son vivos sueños sagrados.

Toda su vida doliente
es la cuesta del Calvario,
la misma vida de Cristo,
como lo enseña san Pablo.
Mar de pena y aflicciones
que siempre van aumentando,
y una soledad pasmosa
es su cuerpo agonizando.

Jesús en Getsemaní
se le muestra acongojado:
un abismo de dolores
su espíritu torturado.

La misma flagelación
ella siente por su amado
y no contiene las lágrimas
cuando llega viernes santo.

Va con la comunidad
y acude a todos sus actos,
con sus penas interiores,
y eso parece un milagro.

Tiene llagas en los pies,
tiene llagas en las manos,
y tanta sangre que arroja
por la herida del costado.

"Moriría de tristeza

si Dios no me echa una mano".

Y así pasa largas horas
solo a Jesús contemplando,
y se siente transportada,
clavada a una cruz temblando.

Más no lo puede expresar
con quehaceres ordinarios.

No desea los consuelos
viendo a Jesús flagelado.
El santo rostro de Cristo
y estar con Jesús llagado:
La coronación de espinas
y Cristo crucificado.

Todo ese dolor divino
saborea madre Amparo.
La salvación de las almas
forma su mayor cuidado.
Pero aunque débil y enferma
sigue a Jesús sin desmayo:
siente, a punto de morir,
su corazón abrasado.

Desolaciones y angustias
son martirios aceptados;
todos sus padecimientos
los prefiere a su descanso.

Misterio crucificante:
y tiene enfermas las manos.

Inmenso fuego de amor
manifiesta en su diario,
hasta que Jesús serena
manos, pies y costado.

Que nos veamos todos juntos
en el cielo tan soñado,
gozando de la belleza
de Jesús resucitado.

Julia Zamarreño (Salamanca)

Les quería compartir mi experiencia con madre María Amparo. La conocí al ingresar en este monasterio por los boletines que tenían en la biblioteca. Me llamaba mucho la atención su espiritualidad y sus consejos. Ahora veo el porqué, con la misión que el Señor me ha encomendado en particular para la Iglesia. Entonces, por gracia de Dios surgió la oportunidad de ayudar a mi papá que llevaba ya varios años luchando con la insuficiencia renal y llevaba un par de fístulas y un catéter y la única opción que quedaba era un trasplante de riñón. Así que las hermanas me dieron la oportunidad de analizarme por la compatibilidad para ser yo la donante. Por supuesto, la monja era la que tenía la vida más sana de mis hermanos, así que era la mejor candidata. Yo le pedí a Madre María Amparo la sanación de mi papá. Recuerdo que antes de entrar al quirófano le dije a Sor Clara Lucía que era maestra de postulantes y me acompañó hospital: "madre María Amparo" y ella respondió " ruega por nosotros".

La cirugía fue muy bien. Mi papá está mejor que yo, hasta rejuvenecido... yo con dolores aquí y allá, pero sé que esto es parte de nuestro divino oficio: gastamos por amor a Dios y por la salvación de las almas. Pero la sanación fue inferior también, porque cuando yo decidí entrar al monasterio a los veintiocho años no quisieron e incluso dijeron que nunca vendrían a visitarme. En la primera visita vinieron llorando y enojados y dieron una regañina a las monjas mi pobre madre. Pero después de la cirugía cambiaron un montón. Ahora quieren a las hermanas, se han hecho muy cercanos y generosos y se han abierto un poco a la relación con Dios : ¡Gracias Madre María Amparo!

Sor Clara Rafaela (México)

Hola, mi nombre es Carlos García, de Virginia del Norte, EE. UU. Me siento llamado a compartir una gracia recibida por la intercesión de la Madre María Amparo. Alrededor de septiembre del año pasado, asistí y ayudé en un retiro universitario. Di una charla sobre la oración y después, en oración, estaba luchando para saber si estaba haciendo la voluntad de Dios en mi vida en lo que respecta a la mujer con la que estoy saliendo actualmente. Después de orar por la intercesión de la Madre Amparo recibí mucha paz en ese momento y supe que estaba haciendo la voluntad del Padre en mi vida. He querido enviar este correo electrónico, desde hace bastante tiempo, pero nunca lo hice hasta ahora. ¡Alabado sea Dios! ¡Oremos a la Venerable Madre María Amparo para que Cristo, que es Paz, venga a nuestras vidas!

Carlos García (EE. UU)

AGRADECEN FAVORES

M^a Ángeles Antón García y Emilio Jiménez Sánchez (Fresno el Viejo); Julia Zamarreño Pravos (Salamanca); María del Carmen Rojo (Madrid); Ivette Aróstegui Moreno (Salamanca); Rosina Bustos (Salamanca); Margarita Sanz Tomé (Segovia); Isidoro Curiel Mozo (Valladolid); Gonzalo Charnero Ponce (Málaga); Lydia Sanz de Soto-Lyons (Madrid); José Ignacio Sánchez Rivera (Valladolid); M.^a Ángeles Laporta (Valencia); María Salud Embuena Lance (Valencia); Anónimo (Cantalapiedra); Luisa Varela Sánchez (Sada); Beatriz Fernández-Vega Romero (Aranjuez); Inmaculada Benlloch Santos (Valencia); José Méndez Rama (La Coruña); David Quirós (Cádiz); Francisco Martín (Madrid); Pilar Liébana (León); Abián Hernández González (Las Palmas de Gran Canaria).

***Nota:** Aprovechamos el boletín para agradecer de todo corazón los donativos enviados para la Causa, pues no siempre hemos podido hacerlo por escrito por carecer de su dirección. Si pudieran indicárnosla al hacer el donativo, les quedaríamos muy agradecidas.*

BIOGRAFÍA BREVE



Nació María Amparo en la villa de Cantalapiedra (Salamanca) el 30 de octubre de 1889. Alma privilegiada desde su infancia, al hacer su primera comunión sintió fuertes deseos de «*ser toda de Dios y toda para siempre*».

Con diecinueve años ingresó en el Císter de Arévalo, mas su falta de salud la obligó a salir poco después. En el retiro de su casa paterna continuó una intensa vida de oración y pruebas espirituales, que la condujeron hasta la experiencia mística del desposorio espiritual con la Santísima Trinidad el 15 de agosto de 1912.

Algo mejorada su salud, ingresaba en el Monasterio del Corpus Christi de Salamanca el 19 de mayo de 1913. Allí fue avanzando en la vida religiosa, aunque sin olvidar aquella visión que tuvo a los diez años de edad en la que Jesús le mostró un monasterio fundado sobre un río de gracias que brotaban de su mismo Corazón y al que llegaban a beber innumerables almas. Ella era la destinada por Dios para fundar ese monasterio en su villa natal de Cantalapiedra, con el fin de consolar, amar y reparar al Corazón de Jesús, y rezar particularmente por la santificación de los sacerdotes y las almas consagradas.

Y, en efecto, el 31 de mayo de 1920 comenzaba la andadura del Monasterio del Sagrado Corazón de Jesús de Cantalapiedra, contando con la eficaz ayuda del padre Juan González-Arintero, O.P., y del párroco de Cantalapiedra, don Ambrosio Morales Manzano.

Madre María Amparo fallecía el 6 de julio de 1941, dejando, además de una floreciente comunidad de clarisas, una estela de santidad, reconocida ya por la Iglesia en la heroicidad de sus virtudes, a la espera del día de su beatificación.



PUBLICACIONES

- *Cuando el Amor es entrega.* Biografía. PALOMA TENA. P.V.P. 9 €
- *Una obra de amor. Epistolario entre M. María Amparo y el P. Juan González-Arintero.* P.V.P. 10 €
- *Espigando.* Anécdotas. P.V.P. 2 €
- *La estigmatizada de Cantalapiedra.*
Espiritualidad. P. GASPAR CALVO, O.F.M. P.V.P. 4 €
- *La santidad una amable manera.*
Espiritualidad. P. GASPAR CALVO, O.F.M. P.V.P. 4 €
- *Trigo de Dios.* Pensamientos. P.V.P. 2 €
- *Pétalos.* Pensamientos. P.V.P. 2 €

Para agradecer favores, enviar limosnas, pedir libros, novenas, reliquias y propaganda, escribir a:

CAUSA DE BEATIFICACIÓN MADRE MARÍA AMPARO

Monasterio del Sagrado Corazón de Jesús

Paseo de la estación 24

37400 – Cantalapiedra (Salamanca) – España

Tel: 923530039 - 636648184 E-mail: mmariaamparosc@gmail.com

Los donativos y la compra de libros por medio de: Giro postal o bien
c/c: ES300075 5701 2106 0354 6944 BiC: BSCHEMMXXX

Depósito legal: S 711-1981

ISSN: 2990-238X

Para recibir el boletín de manera gratuita, debe rellenar:

El abajo firmante, D. con
N.I.F....., y domicilio.....

.....de conformidad con lo establecido en la Instrucción sobre Protección de Datos Personales de la Diócesis de Salamanca, aprobada por el Obispo de la misma mediante decreto del día 21 de enero de 2020, por el que se aplica la normativa en concordancia con lo dispuesto en la Ley Orgánica 3/2018, de 5 de diciembre, de Protección de Datos Personales y garantía de los derechos digitales, por medio de este documento **autorizo** al Monasterio del Sagrado Corazón de Jesús (Clarisas, Cantalapiedra) **para el tratamiento de mis datos** personales a fin de que puedan ser incorporados al Fichero de datos personales de dicha comunidad. Éste garantiza la confidencialidad de mis datos y que éstos no van a ser utilizados para finalidades distintas a las indicadas.

En....., a de 2024.

Firma

